



LLAMADA  
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

# ESCATOLOGÍA

EXPONE

• Eduardo Cartea Millos •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



# Temario

## Clase 5

### 1. Escatología general (segunda parte)

- a. Las resurrecciones escatológicas
- b. La Segunda Venida de Cristo
- c. El Tribunal de Cristo



## Clase 5

### 1. Escatología general (segunda parte)

#### a. Las resurrecciones escatológicas

Veamos las resurrecciones y su orden cronológico. Podemos contar en las Escrituras siete resurrecciones distintas.

En primer lugar, debemos aclarar que la idea de que todos los muertos resucitarán juntos no es más que el deseo de algunos que desconocen lo que la Biblia enseña al respecto. Algunas resurrecciones se encuentran en el pasado y otras, separadas por períodos muy largos. Aunque las Escrituras enseñan que todos los muertos resucitarán a su tiempo y que todos tendrán algún tipo de eternidad, no será en las mismas condiciones.

Las resurrecciones son las siguientes: la resurrección de Jesucristo, la resurrección de los santos en Jerusalén, la resurrección de la iglesia, la resurrección de los dos testigos, la resurrección de los santos del Antiguo Testamento, la resurrección de los santos de la Tribulación, la resurrección de los santos del Milenio y la resurrección de los impíos.

La primera resurrección fue la de Cristo, la cual había sido anunciada en el Antiguo Testamento en Salmos 16:9-10: *“Se alegró por tanto mi corazón y se gozó mi alma; mi carne también descansará confiadamente, porque no dejarás mi alma en el seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción”*; y ha sido presentada y narrada históricamente en los evangelios, además de mencionarse en el resto del Nuevo Testamento como parte fundamental de la teología cristiana. Sin duda, la doctrina de la resurrección de Cristo es central en la fe y esperanza del cristiano (1 Corintios 15).

Más allá de todas las interpretaciones respecto a cuántas resurrecciones hay en la Biblia, todos están de acuerdo en que la resurrección de Cristo es un acontecimiento único y concluido.

Otra resurrección que ya ha ocurrido es la de los santos de Jerusalén, la cual sirvió como un adelanto de los frutos de resurrección que vendrían a futuro. Mateo 27:52-53 dice: *“... los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y después que él resucitó, salieron de los sepulcros, entraron en la santa ciudad y aparecieron a muchos”*.

No contamos con mucha información al respecto de este suceso. Aunque los sepulcros fueron abiertos cuando Jesús entregó su espíritu, el pasaje aclara que no se levantaron hasta que Cristo resucitó, pues Cristo es la primicia de los que durmieron: *“Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida”* (1 Co. 15:23).



El Señor es el primer resucitado de entre los muertos, el primero en volver a la vida con un cuerpo incorruptible.

Podemos interpretar este evento de dos maneras. En primer lugar, afirmar que se trata de una resurrección como la de Lázaro, es decir, una restauración de vida, donde se vuelve a morir para nuevamente ser sepultado. Esto no lo calificaría en la lista de resurrecciones, puesto que hablamos de resucitar como Cristo, es decir, de vivir para nunca más morir.

En segundo lugar, entender que se trata de una resurrección como la de Cristo, donde los santos fallecidos de la época de la resurrección sirvieron como una muestra de la resurrección futura de los santos. En este sentido, se trataría de un número pequeño de personas que cumplieron con lo tipificado en la ofrenda levítica. Levítico 23:9-14 dice: *“Habló Jehová a Moisés y le dijo: ‘Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla como primicia de los primeros frutos de vuestra siega. El sacerdote mecerá la gavilla delante de Jehová, para que seáis aceptados. El día siguiente al sábado la mecerá. Y el día que ofrezcáis la gavilla, sacrificaréis un cordero de un año, sin defecto, en holocausto a Jehová. Su ofrenda será dos décimas de efa de flor de harina amasada con aceite, ofrenda que se quema con olor gratísimo para Jehová; y su libación será de vino, la cuarta parte de un hin. No comeréis pan, ni grano tostado, ni espiga fresca, hasta este mismo día, hasta que hayáis ofrecido la ofrenda de vuestro Dios. Estatuto perpetuo os será por vuestras generaciones, dondequiera que habitéis...”*

Se trata de la tercera de las fiestas a Jehová, donde al comienzo de la cosecha los israelitas llevaban un puñado de grano no trillado (gavilla) que el sacerdote mecía delante de Dios. Luego, ofrecían sacrificios para agradecer por la abundancia de la próxima cosecha.

Esta era una pequeña muestra de que Cristo (la primicia) no estaría solo en su resurrección, sino que detrás de él vendría una gran cosecha. Si esta postura es la verdadera, entonces estos santos resucitados fueron llevados vivos al cielo luego de cumplir con el propósito por el cual sus sepulcros fueron abiertos.

Más allá de nuestra postura, haríamos mal en descartar tajantemente este evento en las Escrituras con respecto a la lista de resurrecciones, pues no contamos con otra referencia que la ofrecida en el libro de Mateo.

Otra resurrección es la de la iglesia. Como dice 1 Tesalonicenses 4:16: *“... los muertos en Cristo resucitarán primero”*, en el contexto de la venida de Cristo por los suyos, es decir, el Arrebatamiento.

Estos serán transformados junto con los cristianos vivos, quienes se encontrarán con el Señor en el aire para partir hacia las moradas celestiales. Los resucitados recibirán cuerpos incorruptibles: *“Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es”* (1 Jn. 3:2).



La resurrección de la iglesia será la primera resurrección masiva y un precedente para las siguientes resurrecciones.

En cuarto lugar tenemos la resurrección de los dos testigos registrada en Apocalipsis 11:1-14: *“Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir y se me dijo: ‘Levántate y mide el templo de Dios y el altar y a los que adoran en él. Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles. Ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. Y ordenaré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos con ropas ásperas.’ Estos testigos son los dos olivos y los dos candelabros que están de pie delante del Dios de la tierra. Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos y devora a sus enemigos; si alguno quiere hacerles daño, debe morir de la misma manera. Estos tienen poder para cerrar el cielo a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas, para convertirlas en sangre y para herir la tierra con toda plaga cuantas veces quieran. Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, los vencerá y los matará. Sus cadáveres estarán en la plaza de la gran ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado. Gentes de todo pueblo, tribu, lengua y nación verán sus cadáveres por tres días y medio y no permitirán que sean sepultados. Los habitantes de la tierra se regocijarán sobre ellos, se alegrarán y se enviarán regalos unos a otros, porque estos dos profetas habían atormentado a los habitantes de la tierra. Pero después de tres días y medio el espíritu de vida enviado por Dios entró en ellos, se levantaron sobre sus pies y cayó gran temor sobre los que los vieron. Entonces oyeron una gran voz del cielo, que les decía: ‘¡Subid acá!’ Y subieron al cielo en una nube, y los vieron sus enemigos. En aquella hora hubo un gran terremoto y la décima parte de la ciudad se derrumbó. Por el terremoto murieron siete mil hombres. Los demás se aterrorizaron y dieron gloria al Dios del cielo. El segundo ay pasó. He aquí que el tercer ay viene pronto”*.

Según este pasaje, dos personas, no identificadas en el texto, tendrán la tarea divina de hacerle frente al Anticristo por medio de señales y prodigios que evidenciarán el poder de Dios en ellos. Estos “dos testigos” cumplirán con su ministerio tres años y medio hasta que el mismo Anticristo, con poder satánico, los asesinará. Sus cuerpos serán exhibidos en la plaza de Jerusalén durante tres días y medio, a la vista de todos, no solo de los locales, sino de todo el mundo a través de los medios globales de comunicación. Culminado este tiempo, Dios los resucitará a la vista de todos y ascenderán al cielo con un cuerpo incorruptible.

Luego vendrá la resurrección de los santos del Antiguo Testamento. Aunque el Antiguo Testamento no hace una referencia tan explícita en sus profecías sobre la doctrina de la resurrección, está supuesta en muchos de sus libros, como en Job 19:25-26: *“Pero yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo, y que después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios”*.



Todas las referencias parecen ubicar la resurrección de los santos del Antiguo Testamento en el tiempo de la Segunda Venida de Cristo y no en el Arrebatamiento.

Daniel 12 hace referencia a la Gran Tribulación en el versículo 1: *“En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo. Será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen inscritos en el libro”*; y a la resurrección en el versículo 2: *“Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua”*. Esto puede darnos a entender que la resurrección de los santos del Antiguo Testamento es inmediatamente posterior a la Gran Tribulación y que se relaciona con ella, por ende, estos santos no serían resucitados en el Arrebatamiento, sino cuando se establezca el reino de Cristo en la tierra.

También en Job se relaciona la resurrección con el reino de Cristo en la tierra. El capítulo 19 termina diciendo: *“¡Temed vosotros delante de la espada, porque sobreviene el furor de la espada a causa de las injusticias! ¡Sabed, pues, que hay un juicio!”* (v. 29). Isaías 26:19-21 lo relaciona de la misma manera: *“Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra entregará sus muertos. Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras de ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él; y la tierra descubrirá la sangre derramada en ella, y no encubrirá ya más a sus muertos”*. Claramente se relaciona la resurrección de los muertos con el juicio de Cristo.

Tanto la iglesia como los santos del Antiguo Testamento serán resucitados antes del Milenio.

Casi terminando esta lista de resurrecciones, nos encontramos con la resurrección de los santos de la Tribulación. Se trata de aquellos que serán martirizados durante el tiempo de la Tribulación y resucitarán para el establecimiento del reino de Cristo.

Apocalipsis 20:4 dice: *“Vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar. Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años”*. Esta es una afirmación bastante explícita: estos mártires serán resucitados durante el establecimiento del reino.

El versículo siguiente dice: *“Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección”*. ¿Cómo puede tratarse de la primera resurrección de los santos del Antiguo Testamento? La expresión “primera resurrección” hace referencia a cualquiera de las resurrecciones de los justos, las cuales son anteriores a la resurrección final de los impíos. En un sentido amplio, solo existen dos resurrecciones en el fin de los tiempos: la resurrección de los santos (la primera resurrección) y la de los impíos (la segunda resurrección).



La última del grupo de la primera resurrección es la de los santos del Milenio. La Biblia no habla acerca del grupo de creyentes que morirá durante el Milenio, por lo que algunos eruditos creen que los santos del Milenio no conocerán la muerte. El silencio de las Escrituras se debe a que ellas revelan al hombre lo que es necesario para el tiempo de la iglesia.

En este sentido, no podemos asegurar que habrá una resurrección de los santos del Milenio, no obstante, podemos suponer que algunos santos sobrevivirán a la Gran Tribulación y morirán ancianos durante el Milenio, o algunos perderán sus vidas por diferentes circunstancias en el transcurso de mil años. Ni siquiera Adán y su descendencia lograron vivir tanto. Por ende, aunque nos movemos en el terreno de la especulación, pensamos que a pesar de que las personas vivirán mucho tiempo algunos morirán y serán resucitados.

Isaías 65:20 dice: *“No habrá más allí niño que muera de pocos días ni viejo que sus días no cumpla, sino que el niño morirá de cien años y el pecador de cien años será maldito”*. Este pasaje nos enseña que durante el Milenio una persona de cien años aún será joven y el que muera a esa edad será a causa del juicio de Dios por su pecado y no por su vejez. Isaías no dice que los santos no podrán morir, sino que da a entender lo contrario, aunque lo harán de muchos días. Por lo tanto, aún podemos pensar que habrá santos que morirán y serán resucitados, aunque no podamos fundamentar esta doctrina bíblicamente.

El otro grupo se compone de una única resurrección: la resurrección final de los impíos.

Apocalipsis 20:11-15 dice: *“Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo y ningún lugar se halló ya para ellos. Y vi los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios. Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. El mar entregó los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y fueron juzgados cada uno según sus obras. La muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. El que no se halló inscrito en el libro de la vida, fue lanzado al lago de fuego”*.

Este pasaje se encuentra en el contexto del Gran Trono Blanco, donde todos los muertos que no han resucitado antes, por no pertenecer a la primera resurrección, comparecerán ante Dios para ser juzgados.

Por lo tanto, esta resurrección se relaciona únicamente con los impíos, y se dará antes de la creación del los nuevos cielos y la nueva tierra.



## b. La Segunda Venida de Cristo

La expresión “Segunda Venida de Cristo” hace referencia a dos eventos: el Arrebatamiento y el regreso de Cristo a la tierra. Aclararemos en todo momento a cuál de los dos hacemos referencia.

Jesús ya vino a la tierra una vez, como se registra en las Escrituras y se fue, habiendo vencido a la muerte y prometido su regreso. Este regreso significará el comienzo de una nueva era.

El regreso de Cristo a la tierra ha sido proclamado en toda la Biblia, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, Enoc (según la cita de Judas) hizo la siguiente declaración: *“Vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él”* (v. 14 y 15).

No solo podemos hallar este tema en muchas partes de la Biblia, sino que además resulta muy esclarecedor, por tratarse de una doctrina bíblica fundamental (contamos con 1527 referencias veterotestamentarias y 318 neotestamentarias).

Son varias las profecías y promesas divinas arraigadas en el regreso de Cristo, como por ejemplo el cumplimiento de la promesa dada a Abraham sobre la posesión total y eterna de la tierra; o el pacto davídico donde la descendencia de David se sentaría en el trono restaurado de Jerusalén para gobernar por toda la eternidad, no solo sobre Israel, sino también sobre las demás naciones. Por lo tanto, no es posible la restauración del pueblo de Israel sin la Segunda Venida de su Mesías.

Por otra parte, la resurrección de los muertos dependerá de la Segunda Venida de Cristo, tanto en el Arrebatamiento como en el establecimiento de su reino. Por todas estas razones, Tito habla de la resurrección como *“... la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”*.

Este evento no solo es el fundamento de la esperanza de los santos, sino la del mundo entero, puesto que el mundo rechaza a Cristo, pero lo necesita con desespero. Sin Cristo la vida carecería de esperanza y del anhelo de un futuro mejor. Jesús enseñó muchas veces que al final de su ministerio terrenal se iría, pero fue más que claro al anunciar que volvería: *“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis”* (Jn. 14:1-3).

En un momento, los judíos creyeron que Cristo, en su primera venida, iba a restaurar el trono de David y establecer el reino, pero era necesario que primero ascendiera al cielo. Jesús les contó una parábola: *“Un noble fue a un país lejano para recibir el poder real y luego regresar...”* (Lc. 19:11).





En otra ocasión, los discípulos preguntaron a Jesús cuáles serían las señales de su venida. Jesús respondió que habría falsos maestros que engañarían a los demás diciéndoles que él ya había regresado y se escondía en el desierto. A estos no había que creerles, pues la venida del hombre sería como un relámpago que brilla de Oriente a Occidente (Mateo 24:23-27), por lo tanto, no se trataría de un evento secreto, sino de uno público, glorioso y espectacular, refiriéndose al establecimiento del reino, como dice Apocalipsis 1:7: *“He aquí que viene con las nubes: Todo ojo lo verá, y los que lo traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán por causa de él. Sí, amén”*. Y en el último capítulo de este último libro, Jesús dice tres veces: *“He aquí que vengo pronto”* (Ap. 22:7, 12, 20).

También sabemos que las tinieblas cubrirán la tierra en su venida, siendo una de las últimas señales: *“El sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor [...] y entonces aparecerá la señal del hijo del hombre en el cielo; y entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra y verán al hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria”* (Mt. 24:29-30); *“Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra y la oscuridad los pueblos, pero el Señor se levantará sobre ti, y su gloria se verá sobre ti. Y las naciones vendrán a tu luz y los reyes al resplandor de tu nacimiento”* (Is. 60:2-3).

Mateo 24:31 dice que en su venida, Jesús *“Enviará sus ángeles con gran voz de trompeta y juntarán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro”*. En su venida, el pueblo de Israel será juntado en Jerusalén de manera milagrosa. Para ese momento, Jesús estará con su iglesia, la cual fue anteriormente arrebatada para subir con él a los cielos: *“Porque el Señor mismo descenderá del cielo con aclamación, con voz de arcángel y con la trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Entonces nosotros, los que vivimos, seremos arrebatados con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”* (1 Ts. 4:16-17). Es importante que entendamos la distinción que la Biblia hace casi siempre entre los “escogidos” (Israel) y los que están “en Cristo” (la iglesia).

La Segunda Venida de Cristo es parte esencial de la predicación de los apóstoles. En Hechos 3:19-21 Pedro dice: *“Así que, arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de consuelo, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado. A este, ciertamente, es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo”*.

Muchas de las referencias neotestamentarias sobre la Segunda Venida de Cristo se encuentran en las cartas de Pablo. Por ejemplo, 2 Tesalonicenses 1:7-10: *“... el Señor Jesús se manifestará desde el cielo con sus poderosos ángeles en fuego ardiente, infligiendo venganza a los que no conocen a Dios y no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Serán castigados con la destrucción eterna y la exclusión de la presencia del Señor, y de la gloria de su poder, cuando venga para ser glorificado en sus santos, y para ser maravillado en todos los que creen...”*.



Los discípulos de Jesús jamás dudaron acerca de su venida. No usaban en su enseñanza el indicativo condicional “podría venir”, sino el futuro simple “vendrá”, como en Hebreos 10:37: *“Todavía un poco, y el que ha de venir vendrá, y no tardará”*. En todo el capítulo 3 de 2 Pedro, el apóstol advierte que habrá mucho escepticismo y escarnio ante la realidad de este evento. Dirán que se trata de un mensaje anticuado y que nada cambiará. No obstante, estas personas serán ciegas a los acontecimientos de la historia y cómo Dios ha intervenido en ella. Pedro pone el ejemplo del Diluvio Universal y establece un paralelismo entre este juicio y el regreso de Jesús: habrá un juicio no por agua, sino por fuego.

También enseña que la perspectiva que el hombre tiene del tiempo no es comparable con la de Dios, quien es eterno: *“No ignoréis esto: que mil años para nosotros son como un día para el Señor”*. Por lo tanto, la duración del tiempo en términos humanos no confirma ni demuestra en ningún sentido que exista algún tipo de negligencia de parte de Dios, sino que por el contrario, debemos verlo como un acto compasivo, con el fin de salvar a más personas. Hasta aquí el apóstol Pedro hace referencia al Arrebatamiento, a la esperanza de los santos. No obstante, culmina hablando acerca del establecimiento de su reino: *“... el día del Señor vendrá como un ladrón, y entonces los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos se derretirán con ardor, y la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas. Viendo, pues, que todas estas cosas se disolverán, pensad qué clase de personas debéis ser en toda conversación santa y conducta piadosa, esperando ansiosamente la llegada del día de Dios, en el cual los cielos, estando en llamas, se disolverán, y los elementos se fundirán con ardor. Sin embargo, nosotros, según su promesa, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva en la que habite la justicia. Por lo tanto, amados, puesto que esperáis tales cosas, procurad que seáis hallados por él en paz, sin mancha e irreprochables”*.

La Segunda Venida de Cristo no deja de ser un concepto claro, directo, personal, físico y visible. Hechos 1:9-12 dice: *“Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y lo recibió una nube que lo ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: –Galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como lo habéis visto ir al cielo”*.

Jesús había elegido el Monte de los Olivos, al este de Jerusalén, como el lugar para su ascensión. Los discípulos miraron al cielo hasta perderlo de vista, pero los ángeles les anunciaron que de la misma manera en que había ido al cielo, volvería también a la tierra. La ascensión de Jesús fue física, es decir, corpórea, visible para todos los que estaban allí, por lo tanto, podemos esperar lo mismo de su regreso: *“He aquí que viene con las nubes, y todo ojo lo verá”* (Ap. 1:7). Pero esto no solo respecto a la naturaleza del evento, sino también al lugar geográfico.



Jesús ascendió en el Monte de los Olivos y en ese mismo lugar descenderá: *“Y sus pies se pararán en aquel día sobre el Monte de los Olivos, al este de Jerusalén”* (Zac. 14:14).

Según el mismo pasaje de Zacarías, un terremoto sacudirá la tierra en el regreso de Cristo, específicamente en la zona del Monte de los Olivos, convulsionando toda la tierra de Israel y luego al resto de las naciones.

El Monte de los Olivos se dividirá en dos, desplazándose una mitad hacia el norte y la otra hacia el sur y formando un valle que se extenderá de este a oeste. Entre otros acontecimientos, Jerusalén será levantada a una altura mayor que cualquier sitio en la tierra, de donde fluirá un río subterráneo con dos brazos que se dirigirán hacia el mar Muerto y hacia el mar Mediterráneo.

Estas y otras profecías dejan en claro que el regreso de Cristo no es espiritual, sino físico y visible.

Ya hemos visto la razón, la forma y el lugar de la Segunda Venida de Cristo, solo nos queda preguntarnos cuándo acontecerá.

Hechos 17:31 dice: *“... por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, acreditándolo ante todos al haberlo levantado de los muertos”*. Según este pasaje, Dios ha establecido un día, no obstante Jesús enseñó que nadie lo sabe: *“Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino solo mi Padre”* (Mt. 24:36).

Algunos creerán que el Señor se está demorando, hasta habrá hombres que se burlarán de la esperanza del Arrebatamiento, no obstante, cuando el calendario divino lo indique: *“El reino de este mundo se convertirá en el reino de nuestro Señor y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos”* (Ap. 11:15). Mantengamos la fe en la promesa de Cristo de que un día vendrá por su iglesia: *“Todavía un poco, y el que ha de venir vendrá, y no tardará”* (He.10:37).

### **c. El Tribunal de Cristo**

Llegará un día en que Jesucristo regresará del cielo para llevarse con él, a la patria celestial, a todos sus santos redimidos, donde permanecerán para siempre en un estado de absoluta perfección. Veamos algunos pasajes al respecto: *“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis”* (Jn. 14:1-3); *“Os digo un misterio: No todos moriremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta, porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados”* (1 Co. 15:51-52); *“El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego*



*nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras*” (1 Ts. 4:16-18); *“He aquí que viene con las nubes: Todo ojo lo verá, y los que lo traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán por causa de él. Sí, amén”* (Ap. 1:7). Este es el evento que conocemos como el Arrebatamiento, la bendita esperanza del creyente.

El Señor nos dará un cuerpo glorificado, un nuevo hogar en los cielos, donde habrá paz y alegría eterna, pero lo más importante: estaremos en la presencia de Cristo.

Sin embargo, antes de esto compareceremos de manera personal ante el Señor Jesucristo para dar cuentas de nuestras obras en la tierra, en el llamado “Tribunal de Cristo”.

Se trata de un juicio solo para los creyentes, no para los impíos, quienes tendrán que enfrentarse más tarde al Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-15). Tampoco es un juicio para algunos creyentes, sino para todos, por lo tanto, podemos decir que tiene un carácter universal. No importa si se trata de un creyente pequeño o grande, de un neófito o un erudito en las Escrituras, todos darán cuenta de las obras hechas en su cuerpo: *“Tú, pues ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano?, porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, pues escrito está: ‘Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios’*” (Ro. 14:10-12).

El Tribunal de Cristo es inevitable, por lo tanto, no es conveniente vivir nuestra vida como si nunca nos fueran a pedir cuenta por nuestros actos. No podremos escondernos ni huir; cuando escuchemos nuestro nombre nos presentaremos ante Jesús para comparecer por nuestras obras en esta vida. No tendrá sentido querer defendernos, pues Dios todo lo ve y su juicio es perfecto, y todos los santos escucharán nuestras buenas o malas obras. Los registros de nuestras obras no se pierden ni se manchan con café, no se traspapelan o se borran con el pasar del tiempo. La archivología celestial es perfecta: *“Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio”* (Mt. 12:36). Además, nada queda sin registrar: Dios todo lo ve, todo lo oye y todo lo sabe: *“Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”* (He. 4:13). Todo aquello en que nos esforzamos por ocultar y escondemos de los demás serán reveladas en toda su fealdad: *“Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas”* (Lc. 12:3).

El Tribunal de Cristo no tiene que ver con nuestra salvación, pues esta fue dada en nuestra conversión, y nada cambiará el estado de nuestra alma si creemos en Cristo como nuestro Salvador. Los que comparecen ante el Tribunal de Cristo ya son salvos.



Entonces, ¿cuál es su propósito?

En el primer siglo había un sitio llamado Bema (‘tribunal’), donde, según la tradición, los judíos llevaron a Pablo ante el procónsul Galión. Se trataba de una gran tribuna elevada en el centro del Foro Romano de la antigua Corinto. Desde allí los funcionarios romanos dirigían al público y hacían subir a algunas personas para galardonarlas. Por lo tanto, no era un tribunal de condena, sino de recompensas.

En las Escrituras estas recompensas parecen tratarse de diferentes coronas: la corona incorruptible, otorgada a aquellos que son fieles al Señor: *“Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible”* (1 Co. 9:25); la corona de la vida, para aquellos que soportan y vencen la tentación: *“Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que lo aman”* (Stgo. 1:12); la corona del gozo, para aquellos que comparten el evangelio: *“... pues ¿cuál es nuestra esperanza, gozo o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?”* (1 Ts. 2:19); la corona de justicia, para aquellos que vivan en la esperanza del regreso de Cristo: *“Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida”* (2 Ti. 4:8); la corona de gloria, para aquellos ministros fieles que alimenten con amor al rebaño de Dios: *“Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria”* (1 P. 5:4).

Más allá de esta clasificación, la cual no podemos confirmar con toda certeza, lo importante es saber que toda acción que se realice en el nombre del Señor Jesucristo será recompensada en el Tribunal de Cristo.

Muchos de nosotros tal vez nos hayamos decepcionado en algún momento por considerar que nuestro trabajo para el Señor no es valorado. Es posible que los hombres no vean el valor de nuestro servicio, pero Jesús toma nota de cada uno de ellos y los recompensará con justicia.

Nuestras obras serán pasadas por fuego y aquellas que hayan sido hechas para la gloria de Dios serán purificadas como el oro, la plata o las piedras preciosas. Estas son hermosas y difíciles de conseguir, por lo que implica un sacrificio de nuestra parte. Pasarán la prueba y recibiremos por ellas un galardón.

No obstante, aquellas que sirvieron a nuestra concupiscencia serán quemadas como el heno, la madera y el rastrojo. Tiene que ver con aquellas obras que no son eternas, sino temporales, además son feas, baratas y no implican un sacrificio. No recibiremos por ellas ningún galardón.

A veces hay mucha diferencia entre aquellas cosas que honran a Dios y las que honran a los hombres. En el Tribunal de Cristo veremos cómo muchas obras que creíamos santas se queman como un montón de hojarasca. Es un tiempo de revelación, donde cada uno de nosotros será visto como realmente es.



Aunque intentemos ocultar en este mundo quiénes somos, en el Tribunal de Cristo estaremos expuestos ante la mirada del Señor, quien todo lo sabe.

Lo más importante es la seguridad de la salvación. Debemos estar seguros de nuestra salvación, la cual se respalda en el sacrificio de Cristo y su resurrección. Luego de esto, es necesario que practiquemos nuestro juicio propio: *“Si, pues, nos examináramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados”* (1 Co. 11:31).

Hay varias preguntas que podemos hacer a diario y estar preparados para el Tribunal de Cristo: ¿por qué hago lo que hago?, ¿lo que hago es realmente para la gloria de Dios?, ¿de qué manera hago lo que hago?, ¿le agrada al Señor lo que hago?, ¿qué tipo de mensaje estoy enviando con lo que hago?, ¿qué declaración estoy haciendo acerca de Jesucristo?, ¿vivo acorde a la Palabra de Dios?

Si todas las respuestas a estas preguntas son positivas, entonces no tenemos ninguna razón para temer en el Tribunal de Cristo.

Los hijos de Dios están llamados a esforzarse y vivir para la gloria de Dios. Si amas realmente a Jesús se verá en tu vida. Si tu motor de vida es el Señor, tus actos estarán acordes a su voluntad.

En el Tribunal de Cristo veremos cómo nuestras obras y hechos se esfuman o, por el contrario, seremos recibidos con las palabras: *“Bien, buen siervo y fiel. Entra en el gozo de tu Señor”*. Si nuestras obras no glorifican al Señor, ahora es el momento de realizar los cambios necesarios, pues ¡el Tribunal de Cristo está cerca!

---

**Para ver todo nuestro contenido visítenos en:**

<https://www.llamadaweb.org/>

**Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:**

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

**¡Síguenos en nuestras redes sociales!**

